

LAS VISIONES METAFISICAS EN LA POESIA DE RUBEN DARIO

Por Waldo Ross

La poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte. El don de arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después en el ambiente del ensueño o de la meditación. Hay una música ideal como hay una música verbal. No hay escuelas: hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia. (Rubén Darío: Prólogo a El canto errante).

Dos características presenta la lectura de la poesía de Rubén Darío: una predilección muy específica por ciertos

temas y una continua y dramática tensión del poeta frente a éstos mismos. La primera, los temas, ya es asunto conocido y, por lo menos uno de ellos, el erótico, es la base de uno de los principales libros que se han escrito sobre nuestro poeta: me refiero naturalmente al bello libro de Pedro Salinas sobre el que volveremos más adelante. La segunda, la tensión del poeta, ocupará la mayor parte de este ensayo. Por tensión entiendo la *movilización de energía* que Darío emplea para enfatizar un tema y, al mismo tiempo, *contradecirlo*. Por ejemplo, durante toda su vida va a mostrarnos una lucha permanente entre sus ansias espirituales y su urgencia instintiva. O una tensión entre el impulso erótico, por un lado, y la muerte, por otro. O una lucha entre la visión estética del paganismo y la visión cristiana de la vida:

*Entre la catedral
y las paganas ruinas
repartes tus dos alas de cristal,
tus dos alas divinas.*

(Divina Psiquis)

Por esta razón, la poesía de Darío no nos presenta nunca una temática definitivamente establecida, como puede hacerlo cierta poesía clásica, no nos presenta una especie de mausoleo de temas donde cada uno ocupe un lugar fijo de acuerdo a una arquitectura total. Los temas de Darío son insistentes pero nunca se paralizan: al contrario, fluyen, se mueven mediante el impulso doloroso de la contradicción. En este sentido, Darío se aproxima a la "conciencia de contradicción" de Unamuno y a la filosofía del devenir de Bergson:

*El ánfora funesta del divino veneno
que ha de hacer por la vida la tortura interior,
la conciencia espantable de nuestro humano cieno
y el horror de sentirse pasajero, el horror
de ir a tientas, en intermitentes espantos,
hacia lo inevitable, desconocido, y la*

pesadilla brutal de este dormir de llantos
de la cual no hay más que ella que nos despertará.

(Nocturno. *El subrayado es mío*)

Las visiones metafísicas

Hay por lo menos una media docena de visiones metafísicas que preocuparon a Darío durante toda su vida: el mundo interior, el eros, la muerte, la fascinación de la totalidad y el misterio del instante. A estas se suma otra visión más general y difusa que es la de la imagen de la vida entendida ésta como una caravana que va cruzando por el desierto de la existencia.

1) *El mundo interior*: A esta visión Darío ha dedicado uno de sus más importantes poemas (“Yo soy aquél”) que aparece al comienzo de sus *Cantos de vida y esperanza*:

*Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y traje
de la sagrada selva la armonía.*

*¡Oh la sagrada selva! ¡Oh la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino!
(Yo soy aquél)*

Se trata, en efecto, de un viaje interior que comienza a nivel de la conciencia (—Yo soy aquél), prosigue adentrándose en las regiones de la semi-conciencia (—El dueño fui de mi jardín de sueño), para finalmente rematar en la zona más profunda y fundamental del inconciente (—sagrada selva).

En su poema “El reino interior” incluido en *Prosas profanas*, Darío hace que su alma se asome a la ventana que da hacia el espacio psíquico y contemple la procesión de las

virtudes (princesas), y de los vicios (príncipes), para concluir diciendo:

¡Princesas, envolveme con vuestros blancos velos!
¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!
(El reino interior)

Lo que confirma lo dicho anteriormente: aquí el alma es presa de la tensión dialéctica.

El mundo interior es, pues, un inmenso campo de energía que se moviliza gracias al efecto de la bipolaridad, del antagonismo de la tensión. Pero movilizarse significa ir a alguna parte, dirigirse-a, tener un camino. El eros es el camino que sigue la energía movilizada, es el canal por donde fluye la energía impulsada por una especie de fuerza centrífuga que la obliga a fugarse de su centro. O para usar la expresión del propio Darío: el eros es el que produce la “profunda emanación del corazón divino de la sagrada selva”.

2) *El eros*: El libro de Pedro Salinas considera al eros como el tema rubeniano por excelencia:

“Si el panteísmo identifica a Dios y al mundo, Rubén formula una teoría donde quedan identificados mundo y afán erótico, sed de lo carnal: panerotismo”.

(*La poesía de Rubén Darío*, Losada, Bs. A. 1957, p. 66).

Esto aparece confirmado por el propio Darío:

Amor, en fin, que todo diga y cante,
amor que encante y deje sorprendida
a la serpiente de ojos de diamante
que está enroscada al árbol de la vida.

Amame así, fatal, cosmopolita,
universal, inmensa, única, sola

y todas; misteriosa y erudita,
amame mar y nube, espuma y ola.

(Divagación)

Incluso Salinas nos habla de una jerarquía del eros al estilo de las jerarquías neoplatónicas: en los diversos niveles del eros aparecen primero “las muchachitas”, luego “la musa de carne y hueso”, más tarde la “carne de mujer” para rematar en la sublimación de la posesión erótica: “mía”, título de uno de sus poemas (Salinas, Op. cit. pp. 65-67). No es difícil adivinar aquí el paralelismo con la concepción neoplatónica del regreso hacia Lo Uno. Las muchachitas, proliferación de pequeños fragmentos del mundo, simbolizan la *materia*. Más arriba está el *Alma del mundo*, la Afrodita de Plotino, simbolizada aquí por la musa de carne y hueso. Más arriba está la *Inteligencia* que encierra las esencias de las cosas, concretamente la esencia de lo femenino, simbolizada por la carne de mujer. Y, por último, en la cúspide está Lo Uno, aquello que supera la diferencia entre las esencias, aquello que hace que el poeta y su amada sean uno y lo mismo: “Mía”, porque no es diferente a mí.

El eros es, por consiguiente, un camino que va del corazón de la energía hacia zonas cada vez más englobantes. Dice Pedro Salinas:

Pero este erotismo rubeniano, ése tan complejo, por razón de su naturaleza trágica y agónica, de su condición insatisfactoria, funciona con respecto a las potencias del ser humano, por modo centrífugo, impulsándolas del otro lado de la raya de su círculo lindante, disparándolas ansiosamente hacia otro espacio. Por eso se le puede dar como última y definitiva calificación la de lo erótico transcendente.

P. S. La poesía de Rubén Darío, P. 209)

Sin embargo, si el eros fuese rectilíneo, si se alejara cada

vez más del núcleo de la energía primordial situada en el corazón del reino interior, la energía terminaría por disolverse en objetivaciones cada vez más amorfas. Debe, pues, existir un elemento compensatorio, algo que obligue al eros a volver a las proximidades del centro primitivo. Esa compensación está garantizada por la muerte.

3) *La muerte*: Es aquí donde, con mayor facilidad, podemos apreciar aquella “conciencia de contradicción” que atribuimos a Darío hace un momento. Al respecto dice Darío:

Ciertamente, en mí existe, desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror de lo ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparece de nuestro cuerpo. En mi desolación me he lanzado a Dios como a un refugio, me he asido de la plegaria como de un paracaídas. Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar y me he sentido sin un constante y seguro apoyo. Todas las filosofías me han parecido impotentes, y algunas abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra estancia sobre la tierra.

(Historia de mis libros)

En efecto, nuestro poeta se angustia frente a la muerte, siente la desesperación del no-ser en muchos de sus versos. Uno de ellos (“Lo fatal”, incluido en *Cantos de vida y esperanza*) ya se ha hecho famoso en este sentido. Pero — ¡milagro de la contradicción! — en otros pasajes nos muestra la Muerte como una mujer hermosísima de cuya fascinación no podemos librarnos:

*¡La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia
ni ase corva guadaña ni tiene faz de angustia.
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;
en su rostro hay la gracia de la núbil doncella
y lleva una guirnalda de rosas siderales.
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,
y en su diestra una copa con agua del olvido.
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido.*
(Coloquio de los centauros)

Pero si una fuga rectilínea hacia la objetivación del eros llevaría a la energía hacia la disolución, hacia lo amorfo, la fuga hacia la nada significaría su terminación definitiva. El camino de la energía no puede, en ningún caso, ser rectilíneo: debe siempre *circunnavegar en torno al núcleo mismo del reino interior*. Debe alejarse cada vez más de este núcleo, pero manteniendo el cordón umbilical que lo ata a ese centro de manera indisoluble.

4) *Totalidad*: La muerte deberá, por tanto, presentar también un elemento compensatorio: el renacer, la dimensión de fertilidad que se muestra a nivel cosmológico. Este ciclo de nacimiento, vida, muerte y renacer, comprendido ahora a un nivel universal y totalista, a un nivel que supera los estrechos límites de la individualidad, se deja ver en varios pasajes de Darío:

*Himnos a la Sagrada Naturaleza; al vientre
de la tierra y al germen que entre las rocas y entre
las carnes de los árboles, y dentro humana forma,
es un mismo secreto y es una misma norma,
potente y sutilísima, universal resumen
de la suprema fuerza, de la virtud del Numen.*

(Coloquio de los centauros)

Otras veces, en plena angustia de la contradicción, Darío

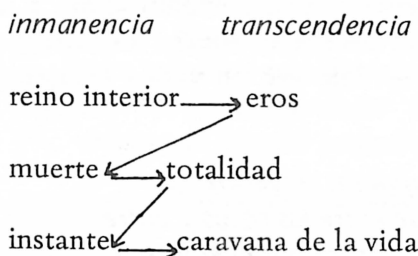
siente la totalidad de lo divino que se hace presente dentro del abismo de su alma:

*Yo soy en Dios lo que soy
y mi ser es voluntad
que, perseverando hoy,
existe en la eternidad.*

*Cuatro horizontes de abismo
tiene mi razonamiento,
y el abismo que más siento
es el que siento en mí mismo.*

(Sum)

La energía va cambiando de signo. Primero se nos aparece como pura inmanencia (*reino interior*). Luego toma un camino centrífugo (*eros*), para retornar más tarde hacia las proximidades de la quietud de lo inmanente (*muerte*). Sobreviene entonces una nueva transcendencia: la *totalidad*. Si esta ley pendular estuviese de acuerdo con la geografía interior de Darío, sus visiones metafísicas podrían ordenarse así:



5) *El misterio del instante*: La carrera del tiempo hacia la muerte ha sido un tema constante en Darío. Frente a esto, aparece una visión enfatizada del instante y sobre todo, de la eternidad del instante, de su inserción dentro de la totalidad. Pero no es algo exclusivo de Darío: es el carácter fundamental de toda auténtica creación poética:

Poesía y amor son actos semejantes. La experiencia poética y la amorosa nos abren las puertas de un instante eléctrico. Allí el tiempo no es sucesión; ayer, hoy y mañana dejan de tener significado: sólo hay un siempre que es también un aquí y un ahora.

(Octavio Paz: El surrealismo)

Tras citar unos versos de Darío:

*En el reino de mi aurora
no hay ayer, hoy, ni mañana;
danzo las danzas de ahora
con la música pagana.*

Pedro Salinas llega a la conclusión de que en Darío se da un *eros sin tiempo*: “se trata nada menos que de la eliminación de lo temporal” (O. cit. 72). Tal vez sería más apropiado decir que el eros eterniza el instante, lo hace partícipe de la eternidad. Es decir, el eros moviliza la energía, la hace manifestarse como flujo temporal. La muerte corta el tiempo, lo transforma en sucesión de instantes. (De no existir la muerte, nosotros sentiríamos el instante en permanencia absoluta, viviríamos en la evieternidad angélica de que hablaban los escolásticos). Pero es la totalidad la que hace que el instante se reintegre en lo eterno. La eternidad del instante está, por consiguiente, determinada por la constelación que forman las restantes visiones metafísicas. 6)

6) *La vida como caravana*: Una vez que el instante ha sido reintegrado en lo eterno, la vida, sucesión de instantes, se nos presenta como una procesión que camina hacia la eternidad. Como una caravana que se dirige hacia Belén:

*La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!*

(Yo soy aquel)

Pero olvidemos por un momento todas las citas bibliográficas y fijemos nuestra atención en el camino que hilvana estas visiones haciéndolas describir una curva en el espacio interior.

Hemos dicho que un dinamismo interno de transcendencia anima estas visiones.

Desde luego, el “reino interior” constituye el centro de la poesía de Darío: en esto difiero de Pedro Salinas, pesé a la gran admiración que siento por la crítica de ese gran poeta español. Es un centro de gravitación y un campo de energía que ejercerá su influencia sobre todos y cada uno de los puntos de aquel universo poético. Muy cerca de él, como apertura de escape centrífugo, se sitúa el eros. Ahora bien, si toda la periferia del “reino interior” fuese eros y nada más que eros, si el eros ejerciera una fuerza centrífuga tan enorme — (si el eros fuese algo así como una “cavidad oscura”, eso que llamamos “black hole” en la astrofísica) — el centro (reino interior) perdería su consistencia y terminaría por disolverse. Debe existir, por lo tanto, otra fuerza compensatoria que logre equilibrar el influjo centrífugo del eros: esta fuerza es la muerte. De este modo, la energía psíquica del “reino interior” se desplaza desde el centro hacia la periferia (eros) y de allí hace un regreso hacia la extremidad opuesta (muerte). Pero tampoco la muerte es algo completamente estático, no paraliza la energía: ya sabemos que existe una tensión dentro de ella, tensión que se traduce en la contradicción que Darío coloca dentro de la muerte misma: angustia letal versus imagen arquetípica femenina de la muerte. Debe, pues, existir algo que supere a la muerte, algo que la haga salir de sí misma y que garantice la resurrección perpetua y la permanencia del universo. Este algo es la visión totalista (el Gran Todo) del cosmos que nos ofrece Darío. Sin embargo, si toda la energía que originariamente ha brotado del centro quedara sumergida y disuelta en el Gran Todo, el reino interior peligraría y nuevamente correría el riesgo de extinguirse. Es preciso que se dé una fuerza que compense al Todo y que

garantice la supervivencia del reino interior: esta fuerza es la del "instante eterno". El conjunto de instantes eternos, la caravana de la vida, sufriría enseguida un desplazamiento teleológico hacia una zona aún más extensa: el Ideal, Belén, la cuna del Dios-hombre, o, mejor aún, del Hombre-arquetipo.

O sea, en este movimiento pendular (inmanencia-transcendencia), la energía se mueve desde el "hombre-inmanencia" hacia el "hombre-transcendencia".

Todo lo dicho hasta aquí nos muestra que el camino de trascendencia describe una *espiral* alrededor de ese núcleo central que llamamos "reino interior". La espiral simboliza el crecimiento dentro del orden, la transcendencia siempre ligada al ser, el alejamiento permanentemente atado al centro. Simboliza la marcha hacia el Ideal, marcha, a su vez, modelada por la nostalgia del origen. En este sentido, podríamos decir que la espiral es la senda que recorre la psique para superar el trauma del nacimiento. De allí que la espiral sea esencialmente femenina y que sea, por excelencia, el símbolo del alma. Lo femenino es el principio de reconciliación de la vida y la muerte. Y la espiral es el símbolo de armonización de los contrarios.

Universidad de Montreal, abril de 1980.